

Jaime Cortés Polanía, *La música nacional popular colombiana en la colección Mundo al día (1924–1938)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos, 2004, 210 p.

MUNDO AL DÍA Y SU COLECCIÓN MUSICAL constituyen uno de los testimonios más llamativos y elocuentes de las esperanzas y frustraciones que toda una generación experimentó en medio de la consolidación de fenómenos propios de la cultura de masas, del inusitado empuje del nacionalismo en las manifestaciones culturales y en general, de los procesos de modernización por los que atravesó el país en las décadas de los años veinte y treinta (El autor, p. 17).

El libro de Jaime Cortés, presentado como tesis de la Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, presenta una revisión minuciosa de la colección musical publicada en el diario bogotano *Mundo al día*, y un análisis cuidadoso de la polémica desatada entre los músicos y críticos colombianos alrededor de lo que debía definirse como la música nacional. La investigación, dedicada a inventariar la colección de partituras más grande publicada en medio impreso colombiano alguno, consigue descifrar la lógica

editorial que la anima, al tiempo que dialoga con la historia cultural, musical y política colombiana, en el momento clave de la formación (o invención) de lo que sería después conocido como la música tradicional popular, capaz de expresar el alma nacional. Este estudio de caso, cuyo soporte documental es el periódico mismo, se complementa con otros impresos y periódicos de la época.

A lo largo de cinco capítulos el autor describe las condiciones que rodearon el nacimiento, desarrollo y cierre del diario

capitalino *Mundo al día*, sus secciones y carácter; se detiene en *La colección musical* y en la polémica sobre la música nacional sostenida en las propias páginas del diario; muestra una lista de los compositores y sus obras, lo mismo que esboza las biografías y participación de los músicos destacados; describe y clasifica por géneros las obras publicadas; precisa el papel que juega la radio y las grabaciones discográficas promovidas por *Mundo al día* y, finalmente, presenta en anexo el índice cronológico de las obras y reproduce las partituras que fueron llevadas a disco como parte del desarrollo empresarial del diario. *Mundo al día*, de circulación vespertina, inició su publicación en enero de 1924 y la finalizó en julio de 1938; en agosto de 1933 desapareció como diario pero continuó a manera de magazín semanal sabatino.

En el primer capítulo se muestra cómo la abundancia de viñetas, recuadros y fotografías, y su tamaño tabloide, coincide con la evolución de las artes gráficas y con un nuevo estilo de periodismo ágil conciente de su potencial comercial; además, la manera como las secciones, acompañadas de numerosos mensajes visuales, definen un perfil potencial de lector y una división en segmentos: “Tiempos idos”, dedicada a la bohemia bogotana; “Tardes del hogar”, que retrata las aspiraciones de bienestar de la clase media en formación; “Alfileres”, que reúne los comentarios que sobre política y economía realiza Arturo Manrique, gestor, propietario y en algún tiempo director del diario; y las seccio-

nes “Sport y sólo sport”, “Página automovilística”, “Colombianos en Nueva York”, “El cuento del día”, “Vida religiosa”, “Espectáculos”, “Bogotá social” y “Novedades de ambos continentes”, que completan el espectro.

El recorrido periodístico de Arturo Manrique, poeta aficionado y hombre de negocios conocido por el seudónimo de Tío Kiosco, es narrado brevemente con el objeto de señalar el contexto político que permite el surgimiento de *Mundo al día*, cuyo ideario reflejará las aspiraciones del partido liberal, en especial por la cercanía de su director con Enrique Olaya Herrera. En estas páginas iniciales, el autor describe *La colección musical Mundo al día*, como preparación a lo que será la tesis central del libro: mostrar las vías que toma la polémica sobre la música nacional.

La colección musical se compone de doscientas veintiséis partituras y cinco reproducciones fotográficas de pequeños trozos, pero la noción de colección se introdujo sólo después de iniciada la publicación de piezas musicales, ya que en un comienzo lo más adecuado para ilustrar un artículo sobre un artista era una imagen de su obra y, en el caso de un músico, lo era la reproducción de sus partituras. Lo más interesante de esta colección, o mejor lo que hace ver Cortés Polanía, es que la actualidad de la producción musical va ligada a los acontecimientos artísticos, políticos y culturales del momento, y a lo que los propios músicos van señalando como hitos importantes para la construcción y expresión del alma nacional. Así, la

primera imagen de una partitura publicada en el diario, la zarzuela “María” del español Guillermo Serra de Roxlo, inspirada en la novela de Isaacs, obedece a un reportaje que se le realiza al compositor con motivo de su viaje a Bogotá y coincide con el estreno de la película que se hace sobre la novela. Además, la primera partitura completa aparece en septiembre de 1924, “El himno del Carnaval” de la señorita H. L. Uribe, que corresponde al carnaval de los estudiantes que se realizaba en el momento en Bogotá. En palabras del autor, la colección

[...] no puede entenderse como un conjunto de partituras publicadas al azar o por casualidad. Detrás había un criterio editorial de selección de piezas. Era un trabajo realizado rápidamente, al ritmo de la preparación del periódico. Como lo constata la información consignada en *Mundo al día*, cada pieza musical era portadora de un mensaje muy actual (p. 41).

En efecto, aunque no todo el repertorio de la colección data de los años de su publicación, muchas obras sí se realizaron especialmente para el periódico, así que daban cuenta de cierto aspecto noticioso de la realidad, al tiempo que servían para dar realce a las fiestas cívicas y religiosas que registraban la memoria patria y el imaginario que la rodeaba. En la colección se encuentran piezas ligadas al carnaval estudiantil y su ambiente festivo (dos himnos, un tango, dos marchas, un foxtrot, un two-step y un pasillo fiestero); las que expresan la búsqueda de la identidad nacional

en la idealización de la vida campesina a través de elementos estereotipados; las que se dedican al progreso material como elemento fundamental del orgullo nacional, como las que registraron los eventos sobresalientes de la aviación (la hazaña de Lindbergh, su visita a Colombia, las proezas de otros pilotos como Herbert Boy, Benjamín Méndez, Camilo Daza y Enrique Santamaría), que coinciden con la apertura de la línea aérea entre Bogotá y Nueva York que es subvencionada en parte por el periódico.

Estos hechos son presentados en un apartado titulado “La música y la noticia”, que se ocupa de señalar la relación que guardan los acontecimientos con las composiciones publicadas. Se menciona la guerra de 1932 con el Perú y sus derivaciones nacionalistas en el ámbito musical, el ánimo optimista de la candidatura de Olaya Herrera en 1930, la relación entre los músicos y los colaboradores del diario, las corridas de toros, una imagen de las regiones y del paisaje nacional, las fiestas religiosas y cívicas, y todos ellos son retratados en piezas musicales de compositores colombianos, de modo que personajes y noticias centrales de la vida colombiana de casi tres lustros quedaron plasmados en obras musicales.

La polémica que sobre la expresión *música nacional* se generó en el medio local colombiano, especialmente en la prensa de la época, es el tema del segundo capítulo; allí se describe cómo desde mediados del siglo XIX, cuando se componen las primeras piezas sobre

aires nacionales como bambucos y pasillos, se intenta también elaborar un discurso acerca de la música nacional. Así, en las primeras décadas del siglo XX, el conflicto se presenta por la preocupación existente por legitimar dos prácticas musicales que comenzaban a diferenciarse: una de corte académico, y otra de sesgo popular, masiva y fundamentada en el mercado discográfico y del espectáculo. El capítulo rastrea el problema desde mediados del siglo XIX y muestra que no sólo los músicos participaban de él, sino también los intelectuales y los cronistas.

Ya en 1923, Guillermo Uribe Holguín, que había estudiado en París y tenía un proyecto musical de largo alcance, presentó sus ideas acerca de la música nacional; afirmó que no había herencia musical chibcha, atacó la música popular que se daba a conocer por considerarla fácil, trivial y de escritura rudimentaria. Las reacciones no se hicieron esperar y tuvieron como principal tribuna las páginas de *Mundo al día*, y como principal crítico al maestro Emilio Murillo que consideraba el bambuco y el pasillo la expresión y la voz de la patria. Jaime Cortés muestra cómo esta polémica, que se extiende por décadas, definirá el mapa musical colombiano en el siglo XX, en lo que tiene que ver con la organización y tendencias de la enseñanza de la música en el país.

El tercer capítulo constituye un listado completo de los compositores, ciento quince en total, y sus obras, doscientas veintiséis partituras, aparecidas en *Mundo al día*. La lista se completa con

un minucioso análisis que se despliega en estos apartados: *perfiles generales*, que describe la generación de músicos y explica los criterios musicales de la colección; *gestores de la colección*, donde se narra la labor desarrollada por los encargados de la selección y copia de partituras; *figuras destacadas*; *figuras promisorias* y *jóvenes músicos* a quienes les fue publicada su obra; *directores y músicos de banda*; *mujeres compositoras*; *académicos*; *figuras históricas* y *aficionados* complementan el análisis.

En el cuarto capítulo, titulado “El repertorio”, el autor despliega su análisis a través de una completa clasificación por géneros representados: pasillos, bambucos, torbellinos, danzas, valeses, himnos, marchas, tangos, zambas, guajiras, danzones, tonadas, pasodobles, pasacalles y los bailes norteamericanos, como el foxtrot, el two-step y el rag.

Las grabaciones discográficas y el naciente mundo de la radio constituyen el tema de análisis desarrollado en el capítulo final. En lo que respecta a las grabaciones, el investigador ha logrado reunir treinta piezas originales que pueden dividirse en dos grupos, de acuerdo al tipo de conjunto utilizado para su realización: los que empleaban instrumentos de la música popular local y los que representaban una visión internacional estandarizada de la música popular, es decir, las orquestas de las casas disqueras, como la Columbia, la Victor y la Brunswick. La participación de Arturo Manrique y de *Mundo al día* en la radiodifusión comienza cuando

Manrique adquiere acciones de la *Compañía Radiotelefónica de Colombia* en 1925, y cuando en 1932 se inició la transmisión de programas periodísticos y musicales, aprovechando el material que cada sábado era presentado como parte de la colección musical.

En conclusión, la colección fue editada “[...] con el objetivo de fijar en la cultura escrita un repertorio musical que pudiese llegar a ser estandarte de la colombianidad, un elemento legítimo de identidad” (p.173), de modo que pese a lo circunstancial y contingente de la configuración de la colección, la permanencia de las obras en el tiempo habla del impacto de la colección en la cultura musical colombiana, ya que pese al tono propagandístico de la colección, músicos, críticos y periodistas, lograron construir la imagen de lo que se pregonó como la música que representaba el sentir nacional.

Finalmente, un pequeño comentario al margen que no constituye óbice al elogio y a la recomendación de este importante libro a todo aquel que esté interesado en la historia musical y de la cultura en Colombia: según Cortés Polanía las primeras grabaciones corresponden a la década de 1910, cuando en el marco de las celebraciones del Centenario de la Independencia Emilio Murillo viajó a los estudios de la Columbia en Nueva York, y a 1914, cuando la RCA Víctor envió a Bogotá una máquina portátil en la que se grabó música de varios autores representados en *La colección musical Mundo al día* (p. 154). En realidad debemos remontarnos

dos años antes, cuando en 1908 Pelón Santamarta y Adolfo Marín grabaron para la filial mexicana de la Columbia Phonograph Co. “*cuarenta canciones por cuatrocientos dólares*”¹.

Juan David Arias Calle
Estudiante de la XI Cohorte de la
Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín

¹Cf. ZAPATA CUÉNCAR, Heriberto, *Pelón Santamarta: 1867 – 1967. Vida, andanzas y canciones del autor de “Antioqueñita”*, Granamericana, Medellín, 1966, p. 28.